

VIDA DE PERROS



La noticia la ha dado Perico, el pastor, a primera hora de la mañana y en forma escueta:

- Ya ha parió la perra.

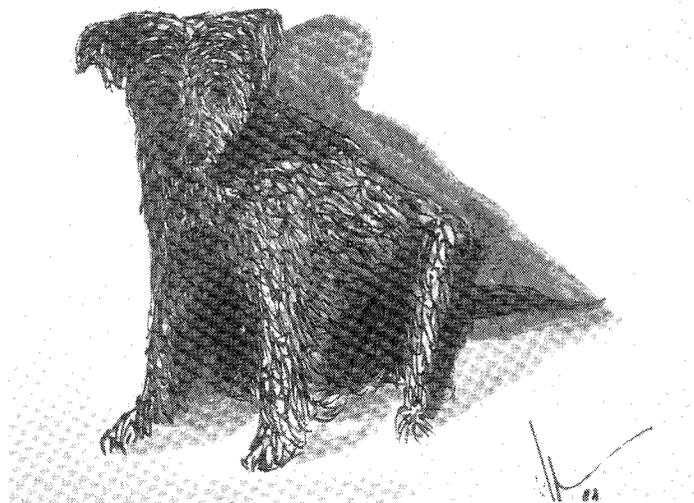
- ¿A'onde ha parió?- pregunta uno de los zagales con la ilusión puesta de ver los perricos pequeños.

- No lo sé, pero me recelo que los tiene en alguna covacha de la cañá, porque la he visto venir de allí.

Aparte del interés del chiquillo, la noticia no ha tenido el mayor eco entre los mayores. Todos sabían que la "Lila" estaba preñada, que en los últimos días ya le había bajado la ubre, y que tarde o temprano tenía que parir.

La "Lila" es una perra de raza indefinida, como casi todos los perros que se ven en los cortijos. Los cruces y recruces de estos animales son tan dispares y complicados que no hay manera de identificar en ninguno de ellos un aire de casta más o menos cierto, lo cual tiene su explicación.

Estos perros cortijeros que andan siempre sueltos se emparejan a su antojo, sin que a los dueños les preocupe en absoluto lo que luego pueda resultar del



apareamiento. Los perros no son borregos ni chotos que convenga seleccionar para mejorar la raza.

Cuando únicamente se preocupan algo los amos de este negocio es cuando alguno posee una buena perra de raza podenca o galga, razas que gozan de mucha estima por sus facultades para la caza, que es el único deporte que practican los campesinos. Entonces sí tienen cuidado de amarrar las perras cuando salen calientes, para evitar que las pille algún perro de mala muerte, y se cuidan también de buscarle un novio aparente de su misma raza para tener perros con que obsequiar a familiares y amigos. Sólo estos perros aptos para la caza son los que se desean y se buscan.

Con los perricos del parto de la "Lila" no hay compromiso de guardar ninguno, porque la "Lila" es una perra vulgar que es incapaz de cazar una tortuga a la carrera.

Así pues, el destino de sus crías, cuando los zagales den con el escondite de camada, será, si Dios no lo remedia, el mismo destino que tuvieron las crías de los tres o cuatro partos que hizo

anteriormente; es decir, recibir cada perrillo un trastazo contra el suelo, e ir aparar luego al fondo del pozo viejo. Es el destino fatal de cientos de perros recién nacidos que vienen al mundo en las casas del campo, y que apenas vienen se marchan de él sin llegar a verlo, puesto que son liquidados antes de que los pobrecillos abran los ojos.

Algunos se salvan, naturalmente, pero son muy pocos. Sólo los que se dejan vivir para tomar el relevo de los que mueren.

Otro destino no menos trágico, de muchos de estos perritos recién nacidos de raza vulgar, es ir a parar a una olla: a una olla de guisar, se entiende, aunque al lector le parezca un disparate la noticia. Yo tampoco lo creí hasta que lo vi con mis propios ojos.

Es claro que para que los perritos recién nacidos vayan a parar a la olla, primero tienen que matarlos y, una vez muertos, pelados y limpios, como si fuese gazapillos de conejos, se ponen a hervir con bastante agua, su dientecico de ajo, su ramico de perejil, su chorreón de aceite, su sal y su poco de azafrán para que le de color; todo en crudo. Así hervidos, sirven de base a un caldo poco menos que milagroso, que a decir de las mujeres que entienden mucho de estos remedios caseros, es cosa santa para quitar la robinera a los críos raquíticos.

El lector no debe tomar la cosa a broma porque no hay nada de broma en el asunto.

El caldo de perricos recién nacidos goza de un enorme predicamento en toda esta comarca, y no se le da al crío raquítico como alimento directamente, sino que quien lo toma es la madre que lo amamanta. Porque la gracia de este singularísimo remedio contra la anemia infantil consiste en que el crío perciba su extraordinario efecto curativo y reconstituyente a través de la leche que mama del pecho de su madre.

Así es como ha dado siempre unos resultados realmente sorprendentes.

Debido, pues, a este tradicional y eficaz remedio contra el raquitismo infantil, es normal en estos pagos que infinidad de perritos recién nacidos acaben su fugaz carrera en este perro mundo sirviendo de sustancia a un caldo milagroso, que ha salvado de una muerte cierta a docenas de críos raquíticos, según testimonios muy serios que he podido constatar.

Y digo yo: algo tendrá el caldo cuando lo bendicen.

La perra "Lila", que ya se barruntaba que no le iban a dejar las crías, por la experiencia de otras veces, se fue a parir a una madriguera vieja lejos de la casa. Pero de nada le valió a la pobre tal medida, porque los zagales se pusieron al acecho, y en cuanto el animal fue a dar de mamar a los cachorros descubrieron el escondite. Había parido cinco, "la mar de bonicos" en opinión de los zagales, que de buena gana se hubiesen quedado con todos para criarlos y poder jugar con ellos. Pero como estaba mandado, se impuso el criterio dictatorial de los mayores, y los perricos fueron condenados a morir de allí a unos días. Pocos, sólo los precisos para que la perra se descalostrara y descargara la ubre, porque no es bueno quitarle las crías a boca parir.

Cabía una posibilidad, y es que en esos pocos días de tregua que se les daba a los pobres cachorrillos surgiera algún vecino con falta de perro, en cuyo caso se le dejaría a la perra para que lo criara y sintiera menos la pérdida de su hermanos. Y a las malas, también podría presentarse alguien buscando perricos para remedio de algún crío raquítico, pero en definitiva la pobre "Lila" iba a tener las mismas: se quedaba sin sus hijos.

Esto de exterminar al noventa por ciento de los perrillos que nacen, no obedece a un capricho cruel

de la gente del campo, sino a una pura necesidad, habida cuenta de que las perras paren por lo menos una vez al año, y que sus partos dan un promedio de cinco crías. Pues bien, si se cometiera por razones de piedad la torpeza de dejar vivir a todos los perrillos que nacen, a la vuelta de unos cuantos años, no muchos, habría en el campo más perros que pájaros, y el resultado de tal abundancia no es difícil imaginarlo. Los perros acabarían exterminando toda la caza, destruirían los ganados y, a la postre, acabarían por atacar a las personas. Ante tal perspectiva, que no es ninguna fantasía, se hace absolutamente necesario liquidar las camadas de perritos y dejar que vivan únicamente los precisos para mantener la población perruna en sus justos límites. Y esto hay que hacerlo pronto, antes que los perritos abran los ojos y aprendan a caminar, porque si te descuidas y dejas pasar el tiempo sin aplicar el desagradable remedio, puedes encontrarte con la sorpresa de ver un día asomar a la perra acompañada de media docena de cachorrillos jugueteando a su alrededor, y entonces la cosa ya tiene perendengues, porque a ver quién es el que tiene corazón para matar a sangre fría a unos animalillos tan graciosos. Sería algo tan horrible como matar niños, aunque esté feo comparar.

Con los gatos, en cambio, no hay problema. Nacen también a camadas, y cuando vienen a darse cuenta en el cortijo de que la gata ha criado, es cuando el animal aparece seguida de sus gatitos. Pero no hay temor de que los gatos se multipliquen en exceso, porque las zorras se encargan de aclararlos.

Además de la perra "Lila" hay en el cortijo otro perro que se llama "Leal". Por lo que llevo observado, es corriente que haya dos perros en cada casa, y que por lo regular sean perro y perra.

Este "Leal" es fruto del primer parto de "Lila", y tiene cuatro años, pero no se parece a su madre ni

en la punta de las uñas, porque la perra es de poca alzada, de cuerpo rechoncho y de pelo negro y liso, mientras que el perro es dos veces más alto, tiene el cuerpo enjuto, y su pelo es largo y basto de color leonado. Viendo tan dispares hechuras, cuesta trabajo creer que el perro sea hijo de la perra; y cuesta más trabajo aún imaginarse cómo la perra pudo emparejarse en su día con un perro que, sin lugar a dudas, debía doblarle la talla. Porque se caía de su peso que para engendrar un perro del tamaño del "Leal", la perra no tuvo más remedio que entendedérselas con un perrazo de tamaño similar al hijo. Luego me entero que es muy frecuente el emparejamiento de perros de tamaño dispar, y que la cosa no tiene ningún misterio; todo es cuestión de maña. Cuando una perra se decide emparejar con un perro que no es de su medida, procura igualar la altura, sea en más o menos, aprovechando un desnivel del terreno, y problema resuelto. Es claro que en estos arreglos de nivel la que tiene que llevar siempre la iniciativa es la perra.

Lo que ya no está tan claro es la motivación misteriosa que mueve a una perra en celo (aquí dicen "caliente") para entregarse a un determinado perro, entre la caterva de perros que la asedian al mismo tiempo.

Aquí en el campo es frecuente ver lo que pudiéramos llamar un cortejo nupcial canino, o compuesto por una perra "caliente" y una patulea de perros que la siguen y la solicitan constantemente. Lo notable de estos cortejos de amor es que en ellos participan perros de todos los tamaños, hechuras y colores, y que todos marchan en armonía perfecta formando grupo alrededor de la perra. Por supuesto, que como en todos los grupos sociales, ya sean de hombres o de perros, hay niveles de posición. Los perros más grandes, y por ende, los más poderosos, son los que marchan siempre más pegados a la perra, seguidos en posiciones más distantes de los menos

aventajados en tamaño. Los grandotes, mejor situados, defienden sus puestos gruñendo y enseñando los dientes a sus competidores más cercanos cuando éstos intentan avanzar sobre el objetivo común, que es el rabo de la perra, pero muy raramente se enzarzan en riña. Es posible que el no armar pelea entre ellos y comportarse de un modo tan comedido y correcto, sea motivado por el deseo de causar a la perra una buena impresión de perros formales y bien educados, que participan en el concurso de méritos para alcanzar la monta con un perfecto espíritu deportivo de que gane el mejor. Pero, por otra parte, también es posible que esta actitud tan pacífica y ordenada sea simplemente una medida de prudencia perruna, habida cuenta de que si se enganchan a pelear los pretendientes más fuertes, que son los que ocupan los puestos más cercanos a la meta, pudiera suceder que mientras los grandes pelean, la perra se entregara tranquilamente a cualquier otro perro del grupo que estuviese más atento al negocio del amor que a la pelea. Las reacciones de una perra en celo son imprevisibles, y de esto deben saber algo los perros.

Algo que también resulta enigmático es cómo diablos se enteran los perros de que hay en determinado cortijo una perra dispuesta a casarse. Se diría que disponen cada uno de ellos de un enlace telegráfico directo que les transmite la buena nueva. Sí, porque acuden perros de todas partes al mismo tiempo, sin que la distancia constituya el menor obstáculo para acudir a la cita. Algunos caminan leguas para llegar hasta la perra.

Se sabe que las perras en celo emiten un olor especial, pero cuesta trabajo creer que un olor, por muy característico e intenso que sea, pueda propagarse a distancias tan largas con un poder de convocatoria tan eficaz.

Como al parecer, las perras comprenden que reunir a todos los novios en el propio cortijo donde

viven sería una imprudencia, porque la asamblea acabaría a pedrada limpia o quizás a tiros, lo que hacen es alejarse de la casa y reunir a los galanes en lugares más o menos ocultos de la vista de las personas. Puede que, además de temer a las pedradas o los tiros, el alejamiento de la casa tenga un trasfondo de pudor femenino. Vaya usted a saber.

La decisión de entregarse a un perro no es cosa que las perras se tomen a la ligera, ya que se lo piensan con detenimiento. Esto hace que los cortejos o rondas de novios duren a veces tres o cuatro días; días en que se podrá ver al cortejo de pretendientes siguiendo a la novia en todos sus desplazamientos a campo través, ya que la perra no se está quieta en un sitio recibiendo sentada las caricias y propuestas de matrimonio de los aspirantes, sino que se mueve de un sitio para otro sin dirección fija, como buscando el lugar más adecuado para el acoplamiento. Cuando al fin parece haber encontrado el sitio ideal para tan delicada operación, se está quietecita y se entrega al perro elegido por su corazón. Los restantes perros del cortejo acatan con espíritu caballeresco el fallo de la dama y dejan que la perra fogue su calentura sin molestar. Pero eso sí, se les nota entonces menos alegres y bullangueros que antes de que la perra eligiera pareja. Es como si cada uno atribuyese su fracaso personal a la presencia inoportuna de los demás, y entonces sí comienza la gresca; se provocan unos a otros, se amenazan encrespando el lomo, y terminan peleando a mordiscos. Debe ser una forma de descargar la tensión acumulada a lo largo de las agotadoras sesiones de ronda.

Y ya que he explicado como se engendran y nacen los perros de los cortijos, creo que debo completar el cuadro explicando cómo viven los que alcanzan ese privilegio, y cómo suelen morir cuando les llega la hora. Una hora que en la mayoría de los casos no es la que fija la madre naturaleza siguiendo la ley de la

especie, sino una hora más anticipada que, por lo regular, suelen fijar los propios amos de los perros. Sí, esos mismos amos a los que el perro defiende abnegadamente sin pedir nada a cambio de su fidelidad.

La misión de los perros en los cortijos es guardar la hacienda de sus amos noche y día. Son vigilantes que avisan con sus ladridos en cuanto perciben algo extraño que se acerca a la casa, ya sea persona o animal. Gracias a esta guardia permanente, los habitantes de los cortijos aislados viven tranquilos y descuidados dentro y fuera de la casa, en la confianza absoluta de que nada ni nadie podrá sorprender su tranquilidad estando cerca los perros. Es por eso que se tienen y mantienen, porque no habiendo perro que guarde, la casa está vendida. Y no se trata de tener perros poderosos y temibles que sean capaces de atacar a los intrusos, sino de modestos perros vulgares que sepan ladrar con ganas y alertar a la gente. Esta es la razón por la cual los campesinos no se preocupan lo más mínimo de seleccionar razas de perros con tamaño y fuerza. Al contrario, casi prefieren para este papel de guarda y compañía perros de mediano tamaño, o incluso pequeños, porque está demostrado que estos animales de poca talla son precisamente los más aficionados a ladrar y los más apegados a la casa. Los perros grandes, quizás por aquello de sentirse fuertes y no temer a los rivales, son muy inclinados a rondar y estar siempre de picos pardos, con lo cual faltan mucho a sus deberes de vigilancia. Por otra parte, los perros pequeños se arreglan con poca cosa a la hora de comer y no hay que preocuparse de ellos. Casi se mantienen del aire.

Conste que lo de mantenerse del aire no es una simple frase, sino algo muy real, debido al hecho de que los perros son los únicos animales de plantilla en los cortijos que no tienen asignada ración de comida fija. Todos los animales que viven en los cortijos: bestias, ovejas, cerdos, gallinas, conejos y hasta el pollo perdiz enjaulado tienen asegurada su ración de

alimento que reciben a diario; todos menos los perros y los gatos. Los perros no tienen derecho a ración ni a cuidados de ningún tipo. Se alimentan solamente con las sobras de la comida, que suelen ser escasas por lo general, o algún repizco de pan de cuando en cuando, o algún puñado de higos secos. Prácticamente de nada, esa es la verdad. Para colmo de desdichas, este casi nada de comida han de compartirlo con los dos o tres gatos que normalmente integran la guarnición del cortijo, y a los cuales han de soportar forzosamente porque los gatos también son de la casa.

Debido a esta competencia de los gatos en el terreno alimenticio, es por lo que los perros de los cortijos adquieren esa estupenda pericia para coger al vuelo cualquier cosa comestible que se les lance al aire. Es la única manera de hacerse del bocado antes que llegue al suelo y lo atrape el gato.

Como ejemplo ilustrativo del trato que se les da a los perros en lo tocante a la comida, viene al pelo una anécdota que me contó el tío Juan el Pencho.

Se trataba de un señorito que tenía una finca en el campo, pero que vivía en el pueblo, como todos, el cual era aficionado a los perros y tenía uno de mucho capricho al que cuidaba con más mimo que si fuese una persona. El perro, hastiado de comer golosinas, comenzó a perder el apetito y despreciar toda clase de comida, lo cual puso en mucha preocupación a su dueño.

Un día apareció el labrador de su finca por el pueblo y le comentó el disgusto que tenía porque el perro no quería comer, y lo poco que comía era sin gana. Cuando el labrador vio el plato del perro rebosante de trozos de carne, tortilla, dulces y además exquisiteces por el estilo, adivinó en el acto la clase de enfermedad que tenía el perro y le dijo a su amo que aquello se curaba con un cambio de aires, que no era cosa de cuidado. Que si no tenía inconveniente, él se llevaría el perro al cortijo a tomar

aires sanos, y le garantizaba que en un par de semanas le volvería el apetito y comería más que una lima nueva. Al señorito le pareció bien la propuesta y el perrito inapetente fue a parar al cortijo. Pasado algún tiempo fue el señorito por el cortijo y lo primero que hizo fue preguntar por su perro.

- ¿Qué, has conseguido que el perro se espabile y tenga ganas de comer?

- Ahora lo verá usted, mi amo, si tiene o no tiene ganas de comer-. Dicho esto, agarró el labrador una cebolla, la rebanó por la mitad con la navaja y llamó al perro:

-¡León, ven acá! ¡Toma!- y lanzó al aire un caso de cebolla que el perro pilló al vuelo de un salto.

El señorito se quedó haciendo cruces viendo a su perro comer cebolla cruda, con la misma avidez que si se tratara de un pedazo de magra.

La cura del cambio de aires había dado un excelente resultado, si bien se deja entender que lo que había curado al perro de su inapetencia era

simplemente el hambre. Dos semanas a dieta y acabó comiendo cebollas.

Dije antes que los perros mueren a veces antes de tiempo, acortada su perra existencia por los propios amos a los que sirve con tan ejemplar abnegación. Es muy cierto; son muy pocos los que mueren de muerte natural; es decir, consumidos por la vejez.

Cuando los perros llegan a tal grado de vejez e inutilidad que ya apenas pueden valerse para cumplir con sus propias necesidades, o bien se les deja morir como dice la frase: tirado como un perro, sin prestarle el más mínimo cuidado, o bien se recurre al gesto piadoso de pegarle un tiro para no verle sufrir. Son muchos los perros que acaban con una perdigonada en la cabeza, y aunque parezca una monstruosidad lo del tiro, he de admitir que es un gesto piadoso por su efecto instantáneo. El animal no se entera. Lo malo es cuando se recurre a otros procedimientos de eliminación más crueles en los que el animal sí se da cuenta que va a morir en manos de su propio amo. Pero de esto no pienso hablar una palabra para no dejarle mal sabor de boca a mi amigo lector.

